

3. El período de entreguerras

A principios del siglo XX, el crecimiento económico era sostenido en las sociedades burguesas asentadas, así como en los países interesados en alcanzar esa posición. Se suponía que la razón, la democracia y el progreso abrían paso a un futuro más venturoso. Pero, en los años treinta, todas estas creencias se habían demurrado. Al concluir la Gran Guerra el mundo ya no era capitalista. La crisis del imperio zarista había posibilitado que los bolcheviques tomaran el gobierno de Rusia y se embarcaran en la construcción del socialismo. El espacio capitalista fue hondamente impactado por la crisis económica, y el avance hacia una economía global se truncó. Las razones más profundas de la crisis remiten a las transformaciones del último cuarto del siglo XIX: la nueva oleada de industrialización, el imperialismo y el acceso de las masas a la escena política produjeron contradicciones ante las que el marco político e ideológico del liberalismo burgués se reveló impotente.

Tres momentos se recortan en el espacio capitalista durante el lapso que medió entre las dos guerras mundiales. Los años de la inmediata posguerra (1919-1923), cuando parecía que la revolución victoriosa en Rusia se extendería hacia el resto de Europa y la débil República de Weimar se consideraba el terreno más propicio. A continuación, la breve estabilidad de la segunda mitad de la década de 1920, asentada en la frágil recuperación económica y en un clima de distensión internacional. Por último, a partir de la crisis de 1929, los tiempos oscuros en los que la desesperación, la codicia, el miedo, el pragmatismo oportunista y la presencia de líderes carismáticos ofrecieron el marco en el que se afianzó el nazismo y se desencadenó la Segunda Guerra Mundial.

La economía global se resquebraja

El gran derrumbe económico de los años treinta remite, en gran medida, a los cambios que, gestados en los años dorados del siglo XIX, erosionaron los pilares en que se había asentado la primacía del mercado mundial. En primer lugar, el declive de Gran Bretaña, acompañado por el quiebre del patrón oro y por la creciente fragilidad de los lazos forjados por Londres entre las diferentes economías nacionales. En segundo lugar, el ascenso económico de los Estados Unidos, asociado a nuevos factores que no se adecuaban al funcionamiento del orden global.

Por un lado, el nuevo modo de organización productiva, el fordismo, alentaba un mayor control estatal de la economía nacional para evitar las recesiones al margen de las fluctuaciones del mercado mundial. La gestión científica del trabajo, iniciada con la crisis de 1873, avanzó en los años de entreguerras. Las transformaciones dieron paso a un capitalismo más estructurado, con nuevas industrias de punta, nuevas corporaciones empresariales y una clase obrera más voluminosa y mejor organizada. Las grandes empresas de la posguerra combinaron diferentes actividades, hasta entonces separadas: investigación, producción, distribución, publicidad.

En la fabricación de automóviles, las unidades fabriles, integradas verticalmente y produciendo a través de la cadena de montaje, alcanzaron su más acabado desarrollo. Por ejemplo, el complejo industrial que Ford comenzó a construir a orillas del río Rojo durante la Primera Guerra Mundial llegó a ocupar ciento veinte mil trabajadores y redefinió el proceso de fabricación. Hasta allí llegaban el hierro y el carbón extraídos de sus propias minas y transportados en sus barcos privados. El caucho se importaba de una plantación, también de propiedad de Ford, en Brasil. La madera procedía de árboles cortados en tierras del empresario. La Ford Motor Company se convirtió así en la mayor empresa privada del mundo. En esta gran corporación, el volumen de capital fijo era mucho más alto que el destinado a los salarios de los trabajadores y la tasa de ganancia dependía más de la paz laboral lograda a través de acuerdos a largo plazo que de las reducciones salariales. El fordismo inducía a los pactos corporativos que obstaculizaban la subordinación de la economía nacional a las oscilaciones del mercado mundial.

Por otro lado, los Estados Unidos, la potencia en ascenso, tenían una abundancia de materias primas y un consistente mercado interno que les permitían un grado de autarquía que Gran Bretaña nunca había conocido. La economía estadounidense, a diferencia de la británica,

no dependía de las importaciones ni estaba comprometida en la estabilidad monetaria que posibilitaba el comercio y el flujo de capitales en el mundo. Así, muchos de los países latinoamericanos, por ejemplo, no pudieron colocar en el país del norte los bienes que hasta entonces —a través de las compras británicas— habían conformado el *boom* exportador de los años ochenta.

A lo largo del esfuerzo bélico, los gobiernos aumentaron sus recursos mediante la reforma impositiva: los gravámenes sobre la renta y sobre el volumen de los negocios fueron creados en esta época. Pero esta redistribución de la riqueza nacional a favor del estado no fue suficiente. Los países más afectados por los combates se vieron obligados a importar mercancías y obtener préstamos de los países más fuertes en el plano industrial, los que estaban alejados del campo de batalla y los ricos en materias primas. La guerra benefició económicamente a los proveedores, sobre todo a los Estados Unidos, que entre 1914 y 1919 se posicionó como el mayor país acreedor.

Los Estados Unidos emergieron en la posguerra como el principal motor de la reconstrucción de la economía europea y la reactivación del comercio mundial, pero sus gobiernos y su sociedad fueron aislacionistas. No obstante, los poderosos grupos que dominaban en Wall Street se involucraron en las negociaciones vinculadas con la recuperación y la estabilidad de la economía internacional: un ejemplo notable es el plan Dawes, destinado a reorganizar la economía alemana quebrada por la crisis de 1923.

El patrón oro se hizo cada vez más inviable en el nuevo escenario social y económico. Antes de la guerra, se había privilegiado la estabilidad exterior aun a costa de sacrificar la interior. Esta estrategia había funcionado porque las demandas sobre los gobiernos no fueron demasiado potentes debido a la escasa movilización política. Después de la guerra el panorama era muy diferente. La reactivación de los trabajadores, las fuertes querrelas entre estados derivadas del conflicto mundial, junto con la existencia de una organización industrial más estructurada que requería compromisos a largo plazo entre el capital y el trabajo, obstaculizaron la subordinación de la actividad económica nacional a la estabilidad de la moneda. Sin embargo, los economistas clásicos siguieron afirmando que la primacía de las leyes del mercado, asegurada por el patrón oro, era la única vía para garantizar el crecimiento económico, aunque hubiera que pagar el costo de crisis periódicas. La reducción salarial, el desempleo y la rebaja de los precios recrearían las condiciones para que se incrementase la productividad y se iniciara un nuevo ciclo

de expansión en el futuro. Para Keynes, el economista inglés que había abandonado irritablemente Versalles, la receta clásica pasaba por alto que, a largo plazo, todos los sacrificados en pos de los equilibrios del mercado estarían muertos.

Los ciclos económicos y la Gran Depresión

La primera mitad de los años veinte estuvo signada por fuertes fluctuaciones económicas y marcadas oscilaciones en la conflictividad social. Desde el fin de la guerra hasta 1921, la existencia de una demanda contenida y un gasto público sostenido dieron lugar a la plena ocupación, que llegó acompañada por intensos conflictos sociales. Este breve ciclo de expansión desembocó en la inflación, que fue el resultado de la intensa puja redistributiva, de las severas limitaciones de los nuevos países europeos para equilibrar la producción y la demanda, y del peso de las deudas de guerra, especialmente en el caso de Alemania. En este país, la ocupación del Ruhr en 1923 por franceses y belgas que pretendían cobrarse así las deudas de guerra fue acompañada por una hiperinflación que arrasó con los ahorros de la clase media, llevó a la quiebra a los propietarios más débiles y disparó la desocupación.

Después de estas fuertes oscilaciones, en la segunda mitad de la década la economía se mantuvo estable. Los acuerdos en torno a la re-financiación de la deuda alemana y el clima de paz contribuyeron a este cambio. La recuperación a partir de 1924 fue tan evidente que se acuñaron nombres específicos para designar el período: "los dorados veinte" en Alemania, "los años felices" en los Estados Unidos y "los años locos" en Francia.

En el ámbito rural, en cambio, la década fue poco propicia para los agricultores. Después de la guerra, la caída en los precios de los alimentos y las materias primas, asociada al incremento de los bienes industriales, colocó al campesinado en una situación precaria y alentó la movilización política, que por lo demás no siguió una orientación predeterminada. En algunos países de Europa Central se afianzaron los partidos agrarios, el campesinado familiar de Italia y Alemania adhirió al fascismo y en Escandinavia los partidos procampesinos firmaron acuerdos con la socialdemocracia. La presencia de estos diferentes alineamientos se vincula con las diferencias entre las distintas estructuras agrarias y con los lazos forjados en cada país por los partidos políticos con los distintos actores del ámbito rural.

El crack en la Bolsa de Valores de los Estados Unidos, en octubre de 1929, cerró un ciclo e inició un período en que la economía capitalista pareció derrumbarse. Después de más de un año de espectaculares aumentos en los precios de las acciones, estos cayeron abruptamente, en gran medida debido a la especulación, pero en última instancia como expresión de las contradicciones del sistema capitalista. Durante los años veinte, el incremento en la productividad no fue acompañado por la creación de un sólido mercado de masas basado en aumentos salariales. La demanda fue alentada mediante la expansión del crédito. La buena marcha de las empresas y el crecimiento de la cadena crediticia en los años locos condujeron a la especulación inmobiliaria y la sobreinversión en el mercado bursátil. No bien se hizo evidente la distancia entre la economía real y el mercado financiero, la burbuja bursátil explotó. Las ventas masivas de acciones en medio del pánico dieron paso a la quiebra en cadena de los bancos y la desvalorización de las monedas. Todas las sociedades sufrieron el derrumbe del capitalismo, menos la soviética, que a su vez fue golpeada por la imposición de la economía planificada.

Con la Gran Depresión, la doctrina liberal perdió consistencia y dejó de orientar las decisiones de gran parte de los gobiernos, que respondieron pragmáticamente a los nuevos desafíos. Aunque Keynes exponía su teoría con mayor coherencia y difundía sus ideas con ahínco, la confirmación de sus principios como referente de las políticas gubernamentales sólo se concretó después de la Segunda Guerra Mundial.

Los escenarios políticos en el mundo capitalista

Frente a los desafíos económicos compartidos, las trayectorias políticas mostraron marcados contrastes. En los países capitalistas centrales hubo tres trayectorias principales: la democracia liberal continuó vigente en Francia, Gran Bretaña, Suiza, Bélgica y Holanda; el fascismo triunfó en Italia y el nazismo descolló en Alemania; la democracia social avanzó en Escandinavia y, a través del New Deal, en los Estados Unidos. En la periferia europea, en los países del este y del sur, hubo movimientos fascistas que no llegaron al gobierno y se impusieron dictaduras tradicionales, como en el caso de España, después de una feroz guerra civil.

Tanto la socialdemocracia escandinava y el New Deal estadounidense, por un lado, como el nazifascismo, por el otro, cuestionaron los planteos económicos de la ortodoxia liberal. En ambas experiencias, la primacía del mercado fue sustituida por la activa intervención de los

gobiernos en el plano social y económico. En el caso de la democracia social, las decisiones de la dirigencia política apuntalaron una nueva forma que anudó los principios del orden democrático con el reconocimiento de los derechos sociales básicos. En los regímenes fascistas, la subordinación del mercado a los fines políticos e ideológicos del grupo gobernante aniquiló a la democracia para dar paso a un nuevo tipo de estado ferozmente autoritario y a una sociedad disciplinada desde arriba.

Las experiencias liberales

La democracia liberal logró mantenerse en pie en Gran Bretaña y Francia en gran medida porque se había afianzado antes de que la guerra y la crisis agudizaran los conflictos sociales y condujeran al caos económico. Al margen de sus rasgos singulares, en ninguno de estos países se interrumpió la política democrática competitiva. El mercado continuó operando en ambos como el principal mecanismo para disciplinar a la fuerza de trabajo y sus gobiernos recurrieron a los programas económicos ortodoxos frente a los desajustes del ciclo económico. Un factor de peso para esas continuidades fue la falta de un desafío de la clase obrera que pusiera en peligro el orden social.

En el marco de las sociedades civiles densamente organizadas y con expectativas democráticas, las posibilidades para el afianzamiento de la izquierda radical se vieron muy limitadas. En estas democracias estables gobernaron de manera casi continua los partidos de centroderecha.

El régimen parlamentario inglés gozó de un alto grado de estabilidad y las opciones políticas extremistas no encontraron arraigo. El Partido Comunista sólo obtuvo un diputado en todas las elecciones celebradas en los años treinta. La principal agrupación de sesgo fascista fue el Nuevo Partido, creado por el ex diputado laborista Oswald Mosley, rebautizado como Unión Británica de Fascistas en 1932. Mosley abandonó el Partido Laborista ante el rechazo de su programa para combatir la Depresión: levantar los aranceles aduaneros, brindar créditos al consumidor e invertir en obras públicas para crear puestos de trabajo sin que importara el déficit. Los laboristas lo descartaron de plano porque conduciría a la inflación. Hasta 1936 Mosley tuvo un relativo impacto sobre la opinión pública a través de marchas y de actos similares a los de las huestes de Mussolini, con quien mantuvo esporádicos contactos. Ese año, la Ley de Orden Público limitó sus actividades y, junto con la disminución de sus recursos, su figura quedó opacada.

A pesar del marcado declive de la economía británica, asociado a un alto nivel de paro, la principal preocupación de los gobiernos era mantener el valor de la libra. Con este fin aplicaron medidas deflacionistas: reducción del gasto público y altos tipos de interés, que agravaron los problemas de una industria necesitada de capitales para encarar su reconversión. La clase obrera y los industriales fueron sacrificados en el altar de la City.

La caída del primer ministro Lloyd George, en 1922, puso fin a la coalición entre liberales y conservadores, y a raíz de ello estos últimos lograron una posición dominante hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Los liberales, en cambio, fueron desplazados por los laboristas, que se convirtieron en el segundo partido del país. Su líder, Ramsay MacDonald, encabezó el gabinete en 1924 (durante diez meses) y en 1929. El hecho de que el partido de los sindicatos fuera una opción viable contribuyó a que la clase trabajadora tuviera expectativas por las reformas instrumentadas en el Parlamento.

Cuando estalló la crisis en 1929, el gabinete, presidido por MacDonald, no dudó en adoptar medidas de carácter recesivo: presupuesto rigidamente equilibrado, aumento de los impuestos y abandono de los planes de obras públicas prometidos durante la campaña electoral para paliar el desempleo. Sin embargo, el impacto corrosivo de la crisis sobre los pilares del *laissez faire* obligó al gobierno nacional a dejar atrás el patrón oro, aceptar la devaluación de la libra y, en 1932, elevar el arancel de todas las importaciones, excepto las procedentes del imperio. La cuna del librecambio tuvo que plegarse forzosamente al clima imperante en la época: la defensa de la economía nacional a través del proteccionismo.

La coalición entre laboristas y conservadores, acordada en el marco de la crisis, se prolongó hasta 1937. Con su disolución, el conservador Neville Chamberlain dirigió el gobierno hasta 1940. Frente a la conducta agresiva del nazismo, Chamberlain esgrimió la política del apaciguamiento, que, subestimando la imparable radicalización del nazismo, pretendió evitar la guerra aceptando las revisiones al tratado de Versalles impuestas por Hitler.

En cambio, la Tercera República francesa nunca conquistó el grado de legitimidad que logró el régimen parlamentario británico. A diferencia de lo ocurrido en Gran Bretaña, en Francia proliferaron los grupos más o menos afines al fascismo y en los años treinta los comunistas llegaron a ocupar un importante número de bancas en la Cámara de Diputados.

El problema irlandés

La isla de Irlanda, ocupada por los ingleses desde el siglo XII, fue incorporada al Reino Unido en 1801. El movimiento nacionalista tuvo su principal base de sustentación entre los católicos, quienes cuestionaban la explotación económica y el avasallamiento de sus derechos por parte de Inglaterra. La posibilidad de romper el vínculo con Londres fue rechazada por los ingleses protestantes asentados en el noreste de Irlanda.

A principios del siglo XX, el gobierno británico aceptó un proyecto de autonomía (Home Rule) que se pondría en marcha en 1914. El estallido de la Primera Guerra Mundial paralizó la prometida autonomía y el sector más radical de los irlandeses puso en marcha una rebelión armada en la Pascua de 1916. La autoproclamada República de Irlanda, sangrientamente reprimida, duró sólo cinco días.

A fines de 1920, el Parlamento británico dispuso la partición de Irlanda. Los seis condados del norte, con mayoría de ingleses protestantes, mantuvieron su propio cuerpo legislativo y continuaron formando parte del reino de Gran Bretaña. Los veintiséis del sur, mayoritariamente católicos, se convirtieron en el Estado Libre de Irlanda dentro de la Commonwealth. El movimiento nacionalista del sur se fracturó. El grupo disidente, que no aceptó el tratado, exigió la reanudación de la lucha contra Gran Bretaña y comenzó una campaña contra el gobierno provisional que supuso una verdadera guerra civil hasta que abandonaron las armas en 1923.

La inestabilidad ministerial y la ausencia de grandes partidos nacionales fueron los rasgos distintivos de la escena política francesa: en este período se formaron cuarenta y dos gobiernos. Sin embargo, existió una importante continuidad gracias a la rotación de las mismas figuras en cargos públicos claves y al papel de árbitro del Partido Radical, históricamente el gran partido republicano. De su oscilante política de alianzas —que iba de los conservadores a los socialistas y viceversa— dependió el signo de los gobiernos. Si desempeñó este papel fue, en parte, porque los dirigentes concibieron el partido como una organización para ganar elecciones. Pero además porque, dada la extrema fragmentación de las fuerzas políticas, ningún partido podía asegurarse el éxito actuando solo. Era necesario pactar acuerdos para que, en la segunda vuelta electoral, los aliados transfirieran sus votos a la fuerza mejor posicionada.

La inestabilidad institucional se acentuó a partir de la crisis económica. Entre 1929 y 1932, se sucedieron un total de diez gobiernos de centroderecha. Desde fines de 1933, la extrema derecha apuntó a la caída de la República. La campaña de agitación, basada en la denuncia de los políticos corruptos, tuvo amplia repercusión en la opinión pública. El 6 de febrero de 1934 hubo una revuelta antiparlamentaria en medio del *affaire Stavisky* —masiva venta de bonos sin respaldo—, una estafa que involucró a dirigentes de los partidos tradicionales. Convocados por la derecha radical —la Croix de Feu del coronel La Rocque, los Camelots du Roi, las Jeneusses Patriotiques—, los manifestantes llegaron hasta el Parlamento para repudiar al “abyecto régimen” e impedir la formación del nuevo gabinete. Hubo muertos y un alto número de heridos, especialmente entre las fuerzas de seguridad. El orden se restableció con la formación de un gobierno de derechas moderadas.

La izquierda temió un golpe. Las conversaciones entre los socialistas y los comunistas culminaron en la constitución del Frente Popular, al que se sumaron los radicales. Con la victoria electoral en mayo de 1936, poco después del triunfo del Frente Popular español, el presidente socialista apoyó las demandas del movimiento sindical y los empresarios firmaron un pacto reconociendo los reclamos de los obreros en huelga: aumento salarial, vacaciones pagas, semana laboral de 48 horas, negociación colectiva.

La vía abierta por la centroizquierda francesa era similar a la de los socialistas escandinavos y el New Deal en los Estados Unidos. Pero el Frente era frágil y el empresariado no estaba dispuesto a aceptar un movimiento sindical fuerte. Los círculos financieros y empresariales retrajeron las inversiones y atentaron contra la estabilidad del franco a través de la fuga de capitales. En este contexto, el gobierno fue cediendo terreno a la ortodoxia económica. Al cabo de un año la presidencia pasó a manos de los radicales, que asumieron decididamente el ajuste económico mientras el empresariado arrasaba con el programa social.

La democracia social

En Suecia, Noruega y Dinamarca, países regidos por monarquías constitucionales que se habían mantenido neutrales durante la Primera Guerra, la socialdemocracia llegó al gobierno y mantuvo su predominio durante un largo período. La instauración de la hegemonía socialdemócrata fue producto, en gran medida, de las alianzas políticas forjadas con los partidos agrarios. Los pactos firmados en los tres países por los

partidos socialdemócratas, los partidos agrarios y los gobiernos entre 1933 y 1938 articularon los intereses de los obreros industriales con los del campesinado. Estos acuerdos recogieron las demandas de los agricultores en torno a la reducción de los tipos de interés y de los impuestos agrarios y la adopción de aranceles proteccionistas. Al mismo tiempo, los partidos agrarios levantaron su oposición a la expansión de la obra pública, que –afirmaban– reducía el número de asalariados rurales y aumentaba su costo. También aceptaron la ampliación de los servicios sociales a cargo del estado, entre ellos el incremento del subsidio por paro.

En contraste con la experiencia escandinava, la debilidad de los partidos obreros y la frágil cohesión de los movimientos sindicales en las democracias liberales europeas se potenciaron entre sí, impidiéndoles avanzar en la formulación de políticas que cuestionaran el predominio del mercado. En otras palabras, los socialistas buscaron ser confiables y acabaron aplicando los programas liberales.

Al término de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos se habían convertido en la primera potencia económica y, aunque siguieron una política aislacionista, tuvieron una influencia decisiva en los asuntos económicos europeos. Las deudas de guerra con Washington eran muy altas y el hecho de que la balanza de pagos fuera favorable a los norteamericanos dificultó enormemente el proceso de recuperación de Europa.

Los estadounidenses no deseaban tener contacto con la política y los problemas de otros países. De hecho, pretendieron reforzar los rasgos que asignaban a su identidad y rechazaron el ingreso de nuevos inmigrantes con diferentes creencias religiosas, distintas costumbres y fidelidad hacia su país de origen. Como resultado de la legislación restrictiva, el ingreso de inmigrantes entre 1920 y 1924 cayó por debajo de la mitad con respecto al período 1910-1914.

La xenofobia nacionalista se combinó con el rechazo extremo de la protesta social, que, como en Europa, alcanzó su pico más alto en la inmediata posguerra. Las principales huelgas ocurrieron en 1919 y principios de 1920 en las minas de carbón y en la industria siderúrgica, para frenar el deterioro del salario frente a la inflación. La más grave amenaza al orden provino de la protesta de la policía de Boston en 1919, cuyos dirigentes fueron despedidos por pertenecer a un sindicato.

El "miedo a los rojos" de 1919 fue manifiestamente exagerado. El número de afiliados al Partido Comunista era ínfimo y, aunque no había posibilidad alguna de una revuelta revolucionaria, un importante

sector de la población sucumbió al rumor y a la histeria. El Ku Kux Klan se puso nuevamente en marcha, sobre todo en el oeste medio, y entre sus víctimas incluyó, además de negros, a comunistas, judíos y católicos. En este clima se realizó el juicio, cargado de irregularidades, contra dos obreros anarquistas de origen italiano, Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, quienes, a pesar de las extendidas movilizaciones en su apoyo, fueron ejecutados en agosto de 1927.



Cuadro de la serie Sacco y Vanzetti, plasmada por Ben Shahn a principios de la década de 1930. El pintor había nacido en Lituania en 1889, en el seno de una familia judía que migró a los Estados Unidos. En los años treinta, Shahn coincidió con la corriente realista estadounidense respecto a la idea de que el artista desempeña un papel en la sociedad y puede contribuir al cambio social mediante sus medios expresivos. Participó en los programas encarados por el gobierno de Roosevelt para promover las artes a través de la remodelación de edificios públicos. También trabajó como fotógrafo en el plan gubernamental destinado a registrar la situación social de las familias en el medio rural.

Durante la década de 1920 la economía experimentó un crecimiento casi ininterrumpido, salvo una breve recesión entre 1920 y 1921. Esto fue consecuencia de las inversiones masivas alentadas por la demanda de artículos duraderos –como los automóviles y los aparatos eléctricos– y por la expansión acelerada de los sectores de la construcción y los servicios. Los cambios en la economía tuvieron una fuerte incidencia

en las formas de vida. Gracias al automóvil, millones de personas construyeron sus casas en zonas suburbanas, rodeadas de jardines. La red de energía eléctrica y las carreteras tuvieron que extenderse a las nuevas zonas urbanizadas, que impulsaron a su vez la instalación de centros comerciales.

Fordismo

El objetivo de Henry Ford era "construir un automóvil para las masas; suficientemente grande para una familia, pero suficientemente pequeño como para que una sola persona pueda servirse de él y cuidarlo. Se lo hará con los mejores materiales, los mejores obreros, sobre la base de los diseños más simples que pueda imaginar la ingeniería moderna. Pero tendrá un precio suficientemente modesto como para que cualquier persona que gane un buen salario pueda comprarlo".

Desde el punto de vista estrictamente empresarial, el secreto de Ford fue haber sabido combinar una serie de factores. Por un lado, la normalización y la fabricación masiva de todas las piezas que componían el vehículo. Por otro, la creación a escala nacional de una tupida red de concesionarios, vendedores y agencias de publicidad, junto con la promoción de la compra del coche a plazos. ▀

Los cambios en las costumbres dieron lugar al conflicto entre sistemas de valores diferentes. La población de las pequeñas ciudades y el campo enfatizó su adhesión a los valores puritanos, movilizándose para defender "la verdadera moral americana". Se organizaron campañas en contra de "la maldad del alcohol" o el uso del automóvil cerrado, por considerarlos una "invitación al pecado".

En 1919 el gobierno republicano aprobó la famosa Ley Seca, que prohibía el consumo de alcohol. La medida dio paso al mercado negro y el mundo del hampa, en el que proliferaron grupos decididos a lucrar con la violación de la norma. Uno de los más poderosos fue el dirigido por Al Capone. La violación de la Ley Seca se vio favorecida por la corrupción: muchos policías y políticos colaboraban con las actividades ilegales para obtener beneficios económicos y políticos. En 1933, cuando el Partido Demócrata ganó las elecciones, levantó la prohibición.

La política de los tres presidentes republicanos –Warren Harding (1921-1923), Calvin Coolidge (1923-1929) y Herbert Hoover (1929-1933)– estuvo guiada por el mismo objetivo: restringir la acción del

gobierno para que los empresarios, en el marco del *laissez faire*, encontraran las mejores condiciones para sus negocios. En esos años prevaleció un destacado consenso en torno a la idea de que la economía norteamericana era lo suficientemente fuerte como para autorregularse. El gobierno federal tuvo escasa participación directa en la prosperidad de aquellos años. La presión fiscal fue débil, pero, como el volumen de gastos era muy bajo, los presupuestos federales se cerraron con superávit.

El auge económico culminó en una orgía especulativa. Las acciones de las principales compañías –General Motors, Radio Corporation de América y United States Steel– subieron tan rápido de valor que el índice de sus cotizaciones se alejó peligrosamente de los valores de los bienes producidos. A lo largo de los años veinte las emisiones de acciones habían constituido una importante fuente de capital inversor y, en consecuencia, de crecimiento económico, pero las cotizaciones jamás habían subido tanto en un período tan breve ni tampoco se habían lanzado al mercado tantas nuevas acciones. Cuando se hizo evidente que el capital circulante en la Bolsa era en gran medida ficticio, los precios se desplomaron y la depresión subsiguiente fue la peor en la historia de los Estados Unidos.

El 4 de marzo de 1933, cuando el candidato demócrata Franklin Delano Roosevelt asumió la presidencia, cerca de la mitad de los estados habían cerrado sus bancos y muchos de los que permanecieron abiertos no disponían de dinero. En su discurso inaugural, Roosevelt convocó a la población a no tener miedo y afirmó estar dispuesto a ponerse en marcha "ya mismo" en pos de su principal objetivo: "poner a la gente a trabajar". A lo largo de los siguientes cien días, como se conoce a este período, el Congreso aprobó una avalancha de leyes sobre fondos asistenciales para los parados, precios de apoyo para los agricultores, servicio de trabajo voluntario, proyectos de obras públicas a gran escala, reorganización de la industria privada, creación de un organismo federal para salvar el valle del Tennessee (la Tennessee Valley Authority), financiación de hipotecas para los compradores de viviendas y los agricultores, seguros para los depósitos bancarios y reglamentación para las transacciones de valores. El grado de compromiso financiero del gobierno federal con la marcha de la economía y los problemas sociales no tenía precedentes.

A pesar de cierta sintonía con las ideas de Keynes, el New Deal no se basó en la doctrina del economista inglés. El presidente Roosevelt y su equipo no aceptaron incrementar los gastos al punto de generar déficit en el presupuesto, y de ese modo oscilaron entre la inyección de la in-

versión estatal y el retorno a la austeridad. No obstante, el New Deal dio lugar a la aprobación de un conjunto de leyes que crearon organismos destinados a orientar desde el estado las decisiones de los principales agentes económicos y a promover políticas concertadas entre ellos.

La Ley de Ajuste Agrícola se basaba en la idea de que el exceso de producción era el principal problema de la economía. Su objetivo era volver a la relación entre precios agrarios e industriales anterior a la Gran Guerra. Para esto, recurrió al control de la producción y la acumulación de materias primas básicas a través del Departamento de Agricultura, en colaboración con comités de agricultores locales y asociaciones agrarias regionales. Se otorgaron primas a quienes restringiesen voluntariamente la producción; no obstante, aunque disminuyó la superficie cultivada, el incremento de la productividad de la tierra mantuvo el volumen de los productos agrícolas. Cuando el Tribunal Supremo declaró ilegal el impuesto que gravaba la elaboración de bienes agrícolas para financiar las primas a la reducción de los cultivos, el programa se vino abajo.

La Ley Nacional de Recuperación Industrial (NIRA, por sus siglas en inglés) estimuló a las empresas a estabilizar su cuota de mercado y al mismo tiempo buscó aumentar el poder adquisitivo de los trabajadores. Se propuso eliminar la competencia "antieconómica" y alentar la creación de monopolios que posibilitaran el incremento de los precios y la inversión. Las empresas fueron invitadas a presentar un código de precios, salarios y leyes justos. La reorganización industrial propiciada por la ley requería que los capitalistas aceptasen acordar con los sindicatos. Con este fin, el gobierno se mostró dispuesto al afianzamiento del movimiento sindical. El *nuevo trato*, como en la socialdemocracia escandinava, se orientó a favor de la democracia social, pero en los Estados Unidos no existía un sólido Partido Socialista y, en gran medida, la defensa de los intereses obreros dependía del acuerdo más frágil entre los sindicatos y el Partido Demócrata.

Hasta el momento, la principal organización sindical —la Federación Americana del Trabajo (AFL, por sus siglas en inglés)— había dado cabida a los trabajadores calificados y mejor pagados, dejando de lado a los obreros no especializados de las nuevas industrias. A partir de 1933, el dirigente de la Unión de Trabajadores Mineros, John Lewis, logró canalizar una gran ofensiva huelguística impulsada desde las bases. La principal expresión de la nueva militancia obrera fue una serie de ocupaciones de fábricas que comenzó en la industria del caucho y se extendió a las fábricas de automóviles del oeste medio. En primera instancia

las empresas resistieron, pero acabaron pactando con los sindicatos. El cambio en la relación obreros-patronos fue marcado, en 1937, por el reconocimiento del sindicato automotriz por parte de la General Motors y del Comité de Trabajadores del Acero por parte de la Steel. Lewis se separó de la AFL y creó el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO, por sus siglas en inglés) con el fin de lograr la sindicalización de los trabajadores de las industrias de producción masiva, cualquiera fuese su categoría y capacitación. Su principal arma fue la huelga de brazos caídos.

La legislación social avanzó durante el segundo mandato de Roosevelt con la Ley Wagner, que amplió la protección de los sindicatos y el deber de negociar colectivamente, y con la Ley de Normas Laborales Justas, que reguló las condiciones de trabajo fijando salarios mínimos e imponiendo el pago de primas por horas extraordinarias. En el marco de la crisis se afianzó un orden corporativo que alcanzaría su máximo esplendor en los años dorados de la segunda posguerra.

El fascismo

A lo largo del siglo XIX, las tres principales familias políticas fueron el liberalismo, el conservadurismo y el socialismo, pero en las dos últimas décadas surgió una nueva derecha intensamente nacionalista y antisemita que fue capaz de movilizar y ganar la adhesión de diferentes grupos sociales, tanto en Viena como en París y en Berlín. El fascismo se nutrió de las ideas y las actitudes distintivas de la derecha radical de fines del siglo XIX, en el sentido en que ambas recogían sentimientos de frustración diversos y al mismo tiempo asumían, de manera violenta, la negación de la primacía de la razón sostenida hasta entonces por el liberalismo y el socialismo. Si bien existen continuidades entre la derecha radical de preguerra y el fascismo, este no fue el resultado lineal de aquella. La brutal experiencia de la guerra de trincheras y la devastadora miseria social derivada de la crisis económica fueron decisivas en la gestación y consolidación del fascismo.

Para muchos, el retorno a la paz se volvió insoportable: sobrevivir dejó de tener sentido para quien sabía por qué morir. Los que decidieron "vivir peligrosamente", como proponía el fascismo, encontraron en el culto a la violencia una vía para manifestar sus más hondos y potentes impulsos. No dejaron las armas y pasaron a integrar las formaciones paramilitares que proliferaron en la posguerra, tales como los cuerpos libres (Freikorps) en Alemania, las milicias nacionales (Heimwehr) en

Austria o los legionarios en Italia y en Rumania. Muchos gobernantes no fascistas, incluidos los socialdemócratas alemanes, recurrieron a ellos para impedir un nuevo Octubre Rojo, que en realidad era más temido que factible.

Aunque los movimientos de sesgo fascista tuvieron una destacada expansión en el período de entreguerras, muchos de ellos no pasaron de ser grupos efímeros, como el encabezado por Oswald Mosley en Gran Bretaña, los Camisas Negras de Islandia o la Nueva Guardia de Australia. En otros países, si bien lograron cierto grado de arraigo —como fue el caso de Cruz de Flecha en Hungría o Guardia de Hierro en Rumania—, los grupos de poder retuvieron el control del gobierno a través de dictaduras tradicionales.

El fenómeno fascista prosperó allí donde confluyeron una serie de elementos que le ofrecieron un terreno propicio. En este sentido, Italia y Alemania compartían rasgos significativos. En primer lugar, el ingreso tardío pero a ritmo acelerado en la industrialización dio lugar a contradicciones sociales muy profundas y difíciles de manejar. En parte porque la aparición de una clase obrera altamente concentrada en grandes unidades industriales y cohesionada en organizaciones sindicales potentes acentuó la intensidad de los conflictos sociales, y en parte porque la presencia de los sectores preindustriales —artesanos, pequeños comerciantes, terratenientes, rentistas—, junto al avance de los nuevos actores sociales —obreros y empresarios—, configuró una sociedad abruptamente atravesada por diferentes demandas de difícil resolución en el plano político. En segundo lugar, la irrupción del electorado masivo —debido a las reformas electorales de 1911 en Italia y de 1919 en Alemania— socavó la gestión de la política por los notables, pero sin que las elites fueran capaces de organizar partidos de masas en condiciones de competir con la izquierda. Esto lo harían los fascistas. Por último, tanto Italia como Alemania, aunque estuvieron en bandos opuestos en la Primera Guerra, vivieron los términos de la paz como naciones humilladas, especialmente en Alemania, donde todos compartieron el sentimiento de agravio por el tratado de Versalles.

Además de las condiciones que hicieron posible su arraigo, el éxito de los fascistas se explica por lo que ofrecieron, la forma en que lo hicieron y la respuesta que recibieron. Los fascistas italianos y los nazis alemanes, sobre todo en la etapa inicial, presentaron programas revolucionarios, en parte anticapitalistas, que recogían los reclamos y las ansiedades de diferentes sectores de la sociedad. A través de su oratoria y sus prácticas, el fascismo se definió como antimarxista, antiliberal

y antiburgués. En el plano afirmativo se presentó —con sus banderas, cánticos y mítines masivos— como una religión laica que prometía la regeneración y la anulación de las diversidades para convertir a la sociedad civil en una comunidad de fieles dispuestos a dar la vida por la nación.



Programa fascista de 1919

Para el problema social: NOSOTROS QUEREMOS:

1. La promulgación de una ley de estado que dé a todos los trabajadores una jornada legal de ocho horas de trabajo.
2. Salarios mínimos.
3. La participación de los representantes de los trabajadores en el funcionamiento técnico de las empresas.
4. [...].
6. Una necesaria modificación del proyecto de ley de seguridad de invalidez y de jubilación, disminuyendo el límite de edad propuesto, actualmente de 65 años, a los 55 años.

Para el problema financiero: NOSOTROS QUEREMOS:

1. Una fuerte imposición extraordinaria sobre el capital con carácter progresista que tenga la forma de una verdadera expropiación de todas las riquezas.
2. La confiscación de todos los bienes de las congregaciones religiosas y la abolición de todas las bulas episcopales, que constituyen una enorme responsabilidad para la nación y un privilegio para los pocos privilegiados. ■

Al mismo tiempo, en un contexto signado por la pérdida de sentido y la desorganización social, los partidos brindaron un lugar de encuadramiento seguro y disciplinado y supieron canalizar la energía social a través de las marchas, las concentraciones de masas y la creación de escuadras de acción. El partido, además, ofreció un jefe. La presencia de un líder carismático a quien se le reconocían los atributos necesarios para salir de la crisis fue un rasgo clave del fascismo. Tanto Mussolini como Hitler fueron jefes plebeyos con gran talento para suscitar la emoción y ganar la adhesión de distintos sectores ya movilizados.

Aunque el fascismo recogió especialmente el apoyo de la clase media, de los grupos más inestables y desarraigados, de la juventud y del

campesinado, también logró el reconocimiento de sectores de la clase obrera. Los fascistas y los nazis llegaron al gobierno en virtud de su capacidad para recoger demandas y agravios variados, y también porque lograron convencer a los grupos de poder de que podían representar sus intereses y satisfacer sus ambiciones mejor que cualquier partido tradicional.

Los elencos gobernantes decidieron aliarse con los fascistas porque estaban convencidos de que podrían ponerlos a su servicio para liquidar a la izquierda y preservar el statu quo. Los grandes capitalistas, por su parte, no manifestaron una adhesión ni temprana ni calurosa a los movimientos fascistas. Aunque el tono anticapitalista del fascismo fue selectivo y se moderó rápidamente, el carácter plebeyo de los movimientos generaba reservas entre los grandes propietarios. Hasta el ingreso al gobierno de Hitler, por ejemplo, las contribuciones económicas fueron destinadas en primer lugar a los conservadores, la opción preferida por los capitalistas. Sin embargo, no pusieron objeciones a las designaciones de líderes fascistas como jefes de gobierno. Una vez en el poder, ni Hitler ni Mussolini cuestionaron el capitalismo, pero subordinaron su marcha y fines, especialmente a partir de la guerra, a la realización del glorioso destino de la nación, de la que se consideraban los auténticos intérpretes.

Desde el gobierno, ambos líderes, a diferentes ritmos y con mayor decisión el Führer, revolucionaron el estado y la sociedad mediante las organizaciones paralelas del partido. Estas actuaron como corrosivo de los organismos estatales —magistratura, policía, ejército, autoridades locales— y buscaron remodelar la sociedad. Para ello intervinieron en la educación, organizaron el uso del tiempo libre y, particularmente, se ocuparon del encuadramiento y la movilización de las juventudes, con la idea de crear lo que llamaban “el hombre nuevo”.

La presencia de diferentes camarillas en pugna confirió un carácter caótico a la marcha de los regímenes. Los jefes máximos nunca llegaron a imponer sus directivas en forma acabadamente ordenada, sin que eso afectara la fortaleza del Duce o del Führer.

El terror fue un componente de ambos regímenes, mucho más central en el nazismo. Pero fue sólo uno entre los múltiples instrumentos destinados a lograr la subordinación de la sociedad. También fue importante, por ejemplo, la concesión de beneficios y la integración de la población en nuevas organizaciones.

Si bien los fascistas suprimieron los sindicatos independientes y los partidos socialistas, su política apuntó a la integración material y cul-

tural de la clase obrera. Mientras subordinaba políticamente a los trabajadores y los disciplinaba socialmente, el fascismo promovía la idea de igualdad y la disolución de las jerarquías: el plato único nacional, la fuerza con Alegría, el Volkswagen para todos, el Frente Alemán del trabajo, el Dopolavoro fueron manifestaciones, bastante eficaces, de ese afán por crear una comunidad popular. La contribución más importante del nazismo en el plano social fue el restablecimiento del pleno empleo antes de fines de 1935, mediante la ruptura radical con la ortodoxia económica liberal.

El hecho de identificar el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán como las expresiones más logradas del fenómeno fascista no implica desconocer los importantes contrastes que hubo entre ambos: el peso decisivo del antisemitismo genocida en el régimen nazi, más tardío y menos radical en Italia; la más plena conquista del estado y la sociedad por parte del nazismo; la mayor autonomía de Hitler respecto de los grupos de poder; la política exterior orientada hacia el imperialismo tradicional en el caso de Mussolini, y hacia la imposición del predominio de la raza aria en el de Hitler.

Interpretaciones del nazismo

Tanto en el campo de la historia como en el de las ciencias sociales y políticas, son múltiples las perspectivas desde las que se ha intentado explicar el fenómeno fascista, desde las marxistas de la primera hora, que reconocían una relación directa y lineal entre capitalismo y fascismo, pasando por las que planteaban que la falta de una revolución burguesa en los países de industrialización tardía gestó el terreno propicio para el surgimiento del fascismo, hasta las que recurrieron al concepto de totalitarismo para acabar proponiendo un listado de rasgos formales comunes entre el nazismo, el fascismo y el comunismo, sin avanzar en el análisis de los diferentes procesos históricos. Y aunque el debate seguirá abierto, los trabajos historiográficos permiten una articulación cada vez mayor de los contextos y las intenciones a través de la reconstrucción de cada experiencia singular, sin perder de vista los rasgos y procesos compartidos que sustentan el concepto de fascismo.

La versión historiográfica liberal alemana, dominante en las décadas de 1950 y 1960, se negó a considerar el nazismo como una expresión del fascismo genérico, especialmente en virtud de la orientación impuesta a la política exterior nazi y de la instrumentación del genocidio judío.

Desde esta perspectiva, las obsesiones ideológicas de Hitler fueron reconocidas como la causa principal de los rasgos básicos del régimen, signado por un alto grado de irracionalidad y un marcado sesgo autodestructivo. La barbarie nazi era considerada un caso único y excepcional. Sin embargo, esta explicación simplificó el problema. El nazismo pasó a ser básicamente hitlerismo y el papel desempeñado por el resto de los actores —los que colaboraron y los que concedieron— quedó en las sombras. ■

En última instancia, el fascismo fue centralmente una forma de hacer política y acumular poder para llegar al gobierno primero, y para "revolucionar" el estado y la sociedad después. En relación con estos fines, el fascismo se presentó como alternativa al liberalismo burgués "impotente" frente al avance de la izquierda, como decidido competidor y violento contendiente del comunismo, y como eficaz restaurador del orden social. En la ejecución de estas tareas se distinguió de los regímenes autoritarios tradicionales porque no se limitó a ejercer la violencia desde el estado. Los fascistas organizaron la movilización de las masas porque no deseaban contar con súbditos pasivos sino con soldados convencidos. Su contrarrevolución fue en gran medida revolucionaria, aunque en un sentido diferente del de la revolución burguesa y la socialista.

tendió "revolucionar" el orden conservador. El régimen franquista fue, básicamente, una dictadura reaccionaria. El Caudillo quería orden y respeto hacia las jerarquías, y sus principales apoyos fueron el ejército, la iglesia católica y los grandes propietarios.

La experiencia soviética

Desde el final de la guerra civil hasta la consolidación del partido único bajo el poder despótico de su jefe máximo Josef Stalin, en el régimen soviético se distinguen dos momentos: el de la nueva política económica (NEP), entre 1921 y 1928, y el de la colectivización forzosa y la economía central planificada puestas en marcha en 1929 y continuadas por el terror instrumentado desde el estado desde 1936 hasta 1938.

El nuevo rumbo económico y los enfrentamientos en la dirigencia bolchevique

Al terminar la guerra civil Rusia estaba devastada, y aunque los bolcheviques habían triunfado en el campo de batalla, los signos del deterioro de su poder eran preocupantes: las revueltas campesinas en distintas regiones del país, la huelga general en Petrogrado y la significativa sublevación de los marineros de la base naval de Kronstadt (febrero-marzo de 1921). Esta insurrección de los trabajadores que más decididamente habían apoyado e impulsado las acciones de los bolcheviques en 1917 fue sangrientamente reprimida. Al mismo tiempo, Lenin dio un giro de ciento ochenta grados: del comunismo de guerra a la NEP.

En primer lugar, los comunistas pusieron fin a las requisas de granos y autorizaron al campesinado a disponer libremente de sus excedentes de producción, una decisión asociada a la legalización del comercio privado. La NEP fue una forma de economía mixta. Por un lado, una agricultura abrumadoramente privada, un comercio privado legalizado y una pequeña manufactura también privada, en la que los campesinos más fuertes (*kulaks*) y los comerciantes (*nepmen*) tuvieron la posibilidad de hacer negocios y obtener ganancias a través del mercado. Por otro lado, el Partido Comunista, controlando desde el estado las palancas de mando de la economía: la banca, el comercio exterior, la gran industria. La organización del trabajo industrial fue semejante a la de las fábricas capitalistas: búsqueda de eficiencia y productividad por medio de la adecuación de los obreros a los ritmos impuestos por la cadena de

montaje y a través de la división entre trabajo manual e intelectual. Los administradores, profesionales y técnicos ganaron terreno en la fábrica y en el partido: en 1923, sólo el 36% del personal directivo estaba clasificado como obrero, y del 64% no obrero, la mitad se había afiliado al partido. Aunque Lenin se mostró dispuesto a propiciar las inversiones extranjeras en pos de la recuperación económica, los logros en este sentido fueron muy pobres.

Esta iniciativa liberalizadora en lo económico fue acompañada por el reforzamiento del autoritarismo político. La oposición quedó proscripita y se prohibió la libre discusión en el seno del Partido Comunista. Según Lenin, ese era un "lujo" que degeneraría fácilmente en una "enfermedad" y, fuera del partido, el único instrumento eficaz para dirimir las diferencias era el fusil.

Cuando se aprobó la prohibición de fracciones entre los comunistas, el partido estaba inmerso en un álgido debate sobre el papel de los sindicatos. La "oposición obrerista", integrada por un grupo de viejos militantes y con cierto grado de apoyo entre los trabajadores, censuraba la centralización económica y política y proponía que los obreros controlaran la industria a través de los sindicatos. En el campo opuesto, Trotsky exigía la militarización del trabajo: para avanzar hacia el socialismo era preciso crear un nuevo Ejército Rojo destinado a combatir el atraso; sin disciplina y esfuerzo la clase obrera no alcanzaría su emancipación. Todos buscaban aliados en los comités locales para llevar sus propuestas al X Congreso del partido. Para Lenin el tema era secundario; toda su atención estaba concentrada en preservar la cohesión del partido y, con la ayuda de Stalin, digitó la elección de los delegados al Congreso. En marzo de 1921, la asamblea partidaria votó una fórmula ambigua sobre el papel de los sindicatos y prohibió la existencia de fracciones.

En la segunda mitad de 1921 se llevó a cabo la primera purga destinada a expulsar a los afiliados que no cubrieran satisfactoriamente el perfil del militante. La depuración era considerada un medio para preservar la pureza política e ideológica del partido frente a la acelerada incorporación de nuevos miembros: los veinte mil integrantes de 1917 habían aumentado a más de medio millón cuatro años después. Con seguridad, el 25% de los expulsados incluyó a integrantes de la oposición obrerista, quienes además criticaban el nuevo rumbo económico.

El pueblo soviético alcanzó un momento de tranquilidad y un relativo grado de prosperidad hacia mediados de la década, pero muchos bolcheviques sentían que estaban acompañando la restauración del capitalismo en lugar de hacer la revolución. El curso de la NEP estaba car-

gado de desafíos e incertidumbres. La lenta recuperación económica aparecía asociada a la agudización de las diferencias entre el campo y la ciudad: los campesinos debían pagar precios muy altos por los insumos industriales y los obreros destinaban gran parte de sus salarios a la compra de alimentos. Los comunistas desconfiaban de los campesinos, de cuya producción dependía el suministro de bienes básicos y la obtención de excedentes para colocar en el mercado mundial. Los bolcheviques necesitaban que la economía agraria prosperase, pero temían que los campesinos pretendieran la restauración del capitalismo.

A partir de la enfermedad de Lenin, las tensiones en torno a la NEP se conjugaron con las luchas abiertas entre los máximos dirigentes por la sucesión del jefe indiscutido. Lenin sufrió un ataque de apoplejía en mayo de 1922, otro en marzo de 1923, y murió el 21 de enero de 1924. Hacia fines de 1922 tres figuras claves del Politburó —Stalin, secretario general del partido; Zinoviev, presidente del sóviet de Petrogrado y de la Internacional Comunista; y Kámenev, presidente del sóviet de Moscú— se aliaron para impedir el ascenso de Trotsky, que por entonces era la figura más prestigiosa de la cúpula bolchevique. Apartado del centro de la vida política pero atento a su desarrollo, Lenin previó la exacerbación de las rivalidades y escribió una carta (que se conocería como su "testamento") con indicaciones ambiguas en los primeros párrafos y una advertencia final para frenar el afán de poder de Stalin. El texto estaba dirigido al XI Congreso del partido, pero después de la muerte de Lenin, el Comité Central dispuso que no circulara. Según Kámenev, el camarada Stalin ya había corregido sus errores y Trotsky guardó silencio.



La Tercera Internacional

Después de la toma del poder en Rusia, Lenin concretó la creación de una nueva Internacional, un objetivo que había planteado durante la guerra en virtud del compromiso de los partidos socialistas con la defensa de la patria. La Komintern elevó al partido bolchevique a la categoría de modelo a imitar por todos los partidos comunistas del mundo.

Desde 1919 hasta 1935, se llevaron a cabo siete congresos en los que se fijaron los criterios a los que tendrían que ajustar sus políticas todos los partidos comunistas en sus respectivos países. A través de las líneas de acción aprobadas, que se ajustaron básicamente a las directivas del Partido Comunista soviético, la Tercera Internacional impuso un rumbo zigzagueante a las acciones del movimiento comunista, en el que se reco-

nocen cuatro períodos. Cada uno de estos giros estuvo en gran medida asociado o bien a las pugnas entre los dirigentes bolcheviques o bien a los intereses de la URSS como estado nacional.

En el primer período (los tres primeros congresos, celebrados entre 1919 y 1921), se alentó la posibilidad de la revolución. En el segundo (IV y V congresos, entre 1922 y 1924), se reconoció una etapa de estabilización del capitalismo y se propiciaron políticas de alianza con otras fuerzas políticas. En el tercero (VI Congreso, realizado en 1928), se anunció una severa crisis económica del capitalismo y la consiguiente posibilidad de promover revoluciones. En consecuencia, los partidos comunistas debían denunciar a la socialdemocracia como opción de la burguesía para controlar la energía revolucionaria del proletariado. El fascismo, catalogado como la segunda opción de la burguesía en caso de que el reformismo socialista fuese inviable, fue definido como un fenómeno pasajero. En el mismo momento en que Hitler avanzaba hacia el poder, la Tercera Internacional negaba la posibilidad de la unidad de la izquierda alemana. El último viraje se produjo en el VII Congreso celebrado en 1935, que impulsó la formación de frentes populares para frenar el avance del fascismo. ■

Tal como había supuesto Lenin, los dos principales competidores por su sucesión fueron Trotsky y Stalin, pero el enfrentamiento atravesó diferentes fases debido a los cambiantes posicionamientos de las otras figuras del Politburó. Entre 1923 y 1924, la lucha se resolvió a favor del triunvirato. Este dirigió la elección de los delegados a la conferencia del partido de 1923, que desautorizó las críticas veladas de Trotsky. El artífice del Ejército Rojo renunció en 1925 a la jefatura del Comisariado de Guerra y se mantuvo al margen de toda discusión. A partir de ese momento, el triunvirato se resquebrajó.

El fortalecimiento de Stalin, apoyado por Bujarin, uno de los teóricos del partido que llegó a encabezar la Tercera Internacional, suscitó cierta aprensión en Kámenev y Zinoviev, quienes formaron una nueva oposición, desautorizada por el XIV Congreso del partido (diciembre de 1925). Los dos ex triunviros se acercaron a Trotsky. La frágil "oposición unificada" fue impugnada por el XV Congreso, que en diciembre de 1927 aprobó la expulsión de sus tres dirigentes por haber violado la regla que prohibía las fracciones.

Trotsky había enrostrado al triunvirato dos críticas básicas: la falta de un programa que favoreciera la industrialización planificada, y una creciente burocratización del partido que anulaba la democracia interna.

Aunque al calor de la lucha política Trotsky acusó a sus rivales de ser pro kulaks y fue a su vez señalado como enemigo de los campesinos, tanto Stalin, Kámenev y Zinoviev como el propio Trotsky anhelaban el desarrollo industrial por considerarlo la única vía para la transformación radical de la sociedad rusa. Sólo un pequeño grupo, con Bujarin al frente, era decididamente partidario de la NEP.

En cuanto a la democracia partidaria, la posición de Trotsky estuvo signada por las ambigüedades. Hasta la muerte de Lenin, había sido un apasionado defensor de la supresión de los grupos disidentes y la plena y absoluta subordinación a las directivas de la conducción. Sólo salió en defensa de la democracia cuando fue desplazado al campo de la oposición por quienes controlaban la maquinaria partidaria. Desde su perspectiva, el partido jamás se equivocaba y el éxito de la revolución exigía la cohesión disciplinada de todos sus miembros. Su denuncia de la burocratización cuestionaba al secretario del Comité Central, pero no ponía en tela de juicio la dictadura de los bolcheviques.

Para el grueso del partido, la construcción final del socialismo era innegociable y para lograrla era imprescindible la transformación de Rusia en una sociedad industrial moderna. Pero el camino hacia ese objetivo último estaba plagado de incertidumbres: cuándo y cómo profundizar el desarrollo de la industria, qué hacer con el campesinado. Estos interrogantes fundamentales se conjugaron confusamente con los alineamientos facciosos.

En los primeros años del gobierno bolchevique Bujarin había sostenido posiciones radicales: la exportación de la revolución en lugar de la paz con Alemania, y la afirmación del comunismo de guerra como vía directa para plasmar la sociedad comunista. En los años veinte, en cambio, era partidario de avanzar lentamente. Dado que no había señales de revolución en el mundo capitalista, el antiguo izquierdista sostenía la necesidad de persuadir al campesinado de comprometerse con el socialismo. En los hechos esto significaba "avanzar a paso de tortuga" y aceptar la prosperidad de los campesinos: si estos se enriquecían, habría más excedentes para comerciar y para acumular. El conflicto faccioso entre los dirigentes que alentaban la industrialización condujo a Stalin a una alianza temporal con la fracción pro NEP de Bujarin, pero el secretario general no asumió en ningún momento sus argumentos extremos para defender los intereses del campesinado.

Cuando Stalin se pronunció abiertamente en favor de la industrialización a mediados de la década de 1920, asoció esa meta con la idea de que era factible la construcción del socialismo en un solo país.

Cuando los bolcheviques tomaron el poder habían descartado esa posibilidad: la Rusia atrasada y campesina no reunía las condiciones requeridas por el marxismo para dar el salto al socialismo; era imprescindible contar con las revoluciones proletarias que se esperaba triunfaran en los países desarrollados, especialmente en Alemania. Ahora Stalin negaba que el débil desarrollo del país "fuese un obstáculo insuperable para la plena edificación de una sociedad socialista" y afirmaba que el éxito de la Revolución rusa no dependía del avance del proletariado en otros países. Su planteo se correspondía con la voluntad de las bases del partido, que deseaban la revolución y estaban dispuestas a profundizar el rumbo emprendido. Si aceptaban que las condiciones dadas eran más fuertes que la voluntad política, octubre de 1917 y la guerra civil (1918-1920) habrían sido sacrificios absurdos, ya que sólo cabía restaurar el capitalismo. En este sentido, la fórmula de Stalin era políticamente muy efectiva: daba sentido a los esfuerzos ya realizados y proponía una meta para canalizar las energías. En cambio, las dudas de Trotsky y Zinoviev sobre la posibilidad de que una sociedad atrasada y campesina construyese el socialismo y sus objeciones ideológicas al socialismo en un solo país estaban teñidas por el pesimismo político.

A mediados de los años veinte, el partido percibió la marcha de la NEP y los cambios en el escenario internacional como indicadores de que ya era hora de que la industrialización planificada fuera su prioridad principal.

Industrialización acelerada y colectivización forzosa

Cuando la NEP se puso en marcha, la industria había alcanzado su nivel más bajo desde la posguerra. La tarea principal fue recuperar y poner en funcionamiento las antiguas fábricas y maquinarias. Hacia fines de 1926, la producción había recobrado en líneas generales los índices anteriores a la Revolución. A partir de ese momento, la tasa de crecimiento dependería de las decisiones políticas sobre los montos a invertir y del destino asignado a dichas inversiones. El XIV Congreso del partido, al mismo tiempo que expulsó a Kámenev, Zinoviev y Trotsky, aprobó la industrialización como principal meta económica y dio curso a grandes proyectos para la producción de energía y tractores. Pero aun entonces se suponía que la industria avanzaría a un ritmo tal que no exigiría ningún esfuerzo desmedido por parte del campesinado. Sin embargo, la conjunción de dos hechos —una serie de altercados con gobiernos europeos, entre ellos Gran Bretaña, y la caída del ingreso de granos a

las ciudades—, cada uno con su impronta particular, desembocó en la industrialización acelerada y la colectivización forzosa en 1929.

Para gran parte del partido, el deterioro de las relaciones internacionales obligaba a revertir urgentemente la debilidad soviética en el campo militar. La URSS no estaba en condiciones de resistir una posible intervención de las potencias capitalistas, y el desarrollo industrial era un factor decisivo para cambiar ese estado de las cosas. Frente al descenso en la provisión de granos y el peligro del hambre en las ciudades, el partido recurrió a las requisas forzosas a fines de 1928 y el vínculo con el campesinado se quebró. En el invierno de 1929-1930 el PCUS entró en las aldeas con la consigna de liquidar a los kulaks, procapitalistas según el discurso bolchevique. En los hechos y cada vez más, se actuaba contra todos los que eran visualizados como enemigos reales o potenciales del cambio de rumbo.

La colectivización forzosa significó el fin de toda propiedad privada en el medio rural. El conjunto del campesinado fue obligado a ingresar en grandes unidades productivas, el *koljoz*, entregando sus parcelas de tierra, sus animales e instrumentos de trabajo. El objetivo anunciado era organizar una forma de producción más eficiente y racional, y así incrementar los excedentes que habrían de sostener las inversiones industriales. La gran ruptura fue en realidad la puesta en marcha de una brutal explotación del campesinado a través de la violencia. Los campesinos, que perdieron todo, quedaron sujetos a largas jornadas de trabajo, con la sola retribución del escaso alimento para sobrevivir y sin aportes significativos, en los primeros momentos, de tecnología ni de criterios organizativos que hicieran más productiva su labor.

La aldea rural intentó resistir el embate de los bolcheviques. Frente al avance de la colectivización, los campesinos dejaron de sembrar, quemaron las cosechas, mataron los animales. En virtud del ingreso brutal de los comisarios políticos en el campo y de la resistencia del campesinado, la provisión de alimentos cayó en picada. En la hambruna de 1933 se calcula que hubo entre tres y cuatro millones de muertos. El régimen recurrió al arresto y la deportación en masa de los aldeanos, que fueron enviados a los campos de trabajo forzoso, donde se los utilizó como mano de obra barata intensamente explotada al servicio del desarrollo industrial y de las obras de infraestructura más riesgosas. Hacia 1937 el 93% de los hogares había sido colectivizado.

El primer plan quinquenal, en 1929, privilegió el crecimiento de la industria pesada —en especial hierro y acero— y dispuso la estatización total de las fábricas. Las nuevas grandes plantas fueron diseñadas para

producir mediante el sistema de línea de montaje, del cual había sido pionera la industria de los Estados Unidos, aunque en esta primera fase se continuó con los métodos tradicionales y las cintas permanecieron ociosas. El XVII Congreso, “de los triunfadores”, celebrado a comienzos de 1934, consideró que la revolución ya había alcanzado el socialismo. Ahora quedaba recorrer el tramo que conducía al comunismo, o sea hacia una sociedad capaz de autorregularse con la consiguiente desaparición del estado.

El terror

La gran conmoción de fines de los años veinte fue seguida por un breve período de estabilización. Pero a mediados de la década de 1930 se desencadenó el terror. Desde la llegada de Hitler al gobierno de Alemania, Stalin percibió que la URSS corría peligro de ser atacada. Hasta entonces, todas las guerras habían sido acompañadas por insurrecciones y revoluciones: tanto la guerra con Japón, que dio paso a la revolución de 1905, como la Primera Guerra Mundial, que desembocó en la caída del zar en febrero de 1917. Ante la posibilidad de un ataque del exterior, en Stalin se afianzó la idea de que era necesaria una cohesión sin fisuras de las fuerzas internas, especialmente en el seno del partido. Además, la cúpula política desconfiaba de aquellos profesionales o altos funcionarios que, por obra de sus saberes técnicos, habían alcanzado, al calor de los cambios revolucionarios, la cima de la pirámide social. El terror combinó los juicios —que eliminaron a la vieja guardia bolchevique que había cuestionado a Stalin y al alto mando del Ejército Rojo— con campañas masivas destinadas a purificar el partido a través de las denuncias de “los de abajo” sobre la conducta de quienes detentaban posiciones de poder.

En diciembre de 1934 fue asesinado Sergey Kirov, secretario del partido en Leningrado. El crimen, según los estalinistas, confirmaba la existencia de una conspiración contra el estado soviético. Para algunos analistas, Stalin fraguó el atentado para contar con un hecho capaz de detonar la represión masiva.

En enero de 1935 Kámenev y Zinoviev fueron acusados de “complicidad moral” con dicho asesinato. Después del juicio, en el que fueron condenados a largos años de prisión, el Politburó alertó a las organizaciones del partido sobre el peligro de los opositores encubiertos y ordenó el “debate” en las bases para detectarlos. La delación se puso en marcha en el seno del partido. En agosto de 1936 Zinoviev, Kámenev

y otros catorce dirigentes de la vieja guardia bolchevique fueron juzgados por traición. Todos los acusados, excepto Smirnov, que se retractó, confesaron haber organizado un centro terrorista y planeado asesinar a los miembros del Politburó siguiendo las órdenes de Trotsky. Fueron condenados a muerte, y a lo largo de ese año ciento sesenta personas fueron detenidas y ejecutadas en relación con este juicio. En enero de 1937, el comisario adjunto de la industria pesada Georgi Piatakov y dieciséis dirigentes más fueron acusados de sabotaje y espionaje industrial; según los fiscales, habían sido alentados por Trotsky y el gobierno alemán. Todos confesaron los crímenes que se les imputaban. Unos meses después le llegó el turno al Ejército Rojo. Héroes de la guerra civil, como Mijaíl Tujachevski, fueron acusados de espiar para Alemania. Por primera vez la represión recayó sobre quienes nunca habían sido opositores abiertos de Stalin. Después de las confesiones arrancadas a fuerza de torturas, los acusados fueron fusilados. Cerca del 8% del cuerpo de oficiales fue destituido por motivos políticos.

Las razones de Stalin y sus colaboradores siguen siendo poco claras. Numerosas pruebas inducen a pensar que la conducción del partido realmente creía que había habido un complot militar.

En la segunda mitad de 1937, mientras los juicios continuaban, se desencadenó una ola de terror a escala nacional: la mayoría de los ministros, los primeros secretarios regionales del partido y millares de funcionarios fueron señalados como traidores y, en consecuencia, detenidos. La mayoría fue ejecutada entre 1937 y 1940. Alimentadas por los miedos y las especulaciones de casi todos, las purgas y contrapurgas se sucedieron vertiginosamente en todo el país. En esta vorágine, las detenciones, los traslados al gulag y las ejecuciones desbordaron los límites del partido. En 1937 volvieron a actuar las troikas, tribunales de tres personas creados durante la guerra civil para procesar a los enemigos en forma sumaria sin recurrir a los procedimientos judiciales. También actuaron durante la colectivización forzosa, sancionando a quienes la resistían. En 1937-1938 se erigieron como los principales agentes del terror. Todos eran enemigos potenciales o reales, pero resultaba imposible decir quién era exactamente el enemigo.

El terror fue resultado de decisiones —principalmente de Stalin— y de un movimiento que, una vez desatado, incluyó entre sus víctimas a quienes creían controlarlo. Por ejemplo, en 1937 fue ejecutado Génrij Yagoda, jefe del Comisariado Popular para Asuntos Internos (NKVD), acusado de estar al servicio del imperialismo. Su sucesor, Nicolás Yezhov,

también fue juzgado a puerta cerrada en febrero de 1940 como culpable de espionaje a favor de Polonia y el Reino Unido. El último crimen de esta oleada de terror fue el asesinato de Trotsky, asilado en México. El 20 de agosto de 1940, el comunista español Ramón Mercader ejecutó la orden de Moscú y con una pica dio un golpe mortal en la cabeza al creador del Ejército Rojo.

El mundo colonial y dependiente

Tanto en Asia como en África, la intervención europea dejó marcas significativas: resquebrajó el orden social tradicional, provocó fuertes contrastes entre las actividades económicas ligadas al mercado mundial y las vinculadas con el consumo local, y condujo a la formación de elites cultas occidentalizadas. Una vez concluida la fase de conquista, la dominación europea implantó su administración y se dedicó a la explotación de los recursos coloniales, lo que dio origen a nuevos actores: la burguesía agraria y comercial, el proletariado de las plantaciones y las minas, y los funcionarios que contribuirían al funcionamiento de los distintos niveles del gobierno metropolitano. Muchos de ellos reconocieron en la ciencia y la tecnología europeas, y en su ideario y sus fórmulas políticas, los medios necesarios para superar el estado de atraso en que se encontraban sumidos sus pueblos. En buena medida, involuntariamente, la acción colonizadora favoreció el nacionalismo. El desarrollo de los medios de comunicación, la imposición de una administración centralizada sujeta a normas, el fomento de la educación y la adopción de una lengua común actuaron como corrosivos del viejo orden y propiciaron los contactos, el reconocimiento de afinidades y la ruptura con los particularismos locales.

Los primeros movimientos nacionalistas surgieron en aquellas sociedades que ya poseían culturas propias asentadas y eran conscientes de un pasado al que era factible recurrir para construir una tradición nacional que legitimara sus demandas en el presente. Estas condiciones se dieron de manera más consistente en la principal colonia británica, la India. En África Subsahariana, en cambio, la mayoría de los movimientos nacionalistas recién se afianzaron en la segunda posguerra.

Gran parte del mundo musulmán sufrió profundos cambios tras la caída del imperio otomano y en virtud del nuevo ordenamiento de los territorios impuesto por las potencias europeas vencedoras en la Gran Guerra.

La nueva República China atravesó tiempos tormentosos desde las campañas del incipiente poder central contra los jefes políticos locales, pasando por los sangrientos enfrentamientos entre comunistas y nacionalistas, hasta la guerra de liberación con todas las fuerzas chinas luchando contra la ocupación de Japón. Fue aquí donde el comunismo prosperó hasta instrumentar una revolución que no llegó a concretarse en Europa, como esperaban los bolcheviques.

Los países americanos al sur de los Estados Unidos fueron severamente afectados por la crisis económica de 1929 y la mayor parte de las nuevas democracias retrocedió debido a una seguidilla de golpes militares.

Hindúes y musulmanes en la India

Una vez concluido el dominio de la Compañía de las Indias Occidentales, la autoridad en la India quedó en manos del Parlamento inglés. Si bien el personal de la administración se reclutaba en Inglaterra mediante exámenes de competencia abiertos, desde fines del siglo XIX algunos indios comenzaron a incorporarse a este servicio. En la práctica, subordinada al elenco metropolitano, había una burocracia india reclutada en las provincias. La policía respondía al mismo sistema y el ejército estaba formado por tropa de ese origen y oficialidad europea. En virtud de esta necesidad de personal nativo, los británicos promovieron desde un principio la educación a la manera occidental. De este modo, los centros creados en los años veinte se convirtieron en un semillero de futuros nacionalistas. Los indios occidentalizados encontraron en la historia europea modelos factibles de ser aplicados en su país para alcanzar metas inicialmente muy moderadas: tener una mayor participación en la administración del país sin cuestionar el vínculo con Gran Bretaña. En principio, el Congreso Nacional Indio, creado en 1885 con la aprobación de los ingleses, había servido para que Londres conociera las opiniones de los sectores ilustrados hindúes. La representatividad del Congreso en términos sociales se amplió después de la Primera Guerra Mundial, pero prestó poca o ninguna atención a los parias.

En el primer decenio del siglo XX, varios hechos alentaron las acciones radicales: la victoria de Japón sobre Rusia en 1905, que mostró la posibilidad del triunfo de un pueblo asiático sobre una potencia europea; el giro autoritario del virrey, que interrumpió el diálogo con el Congreso; y el factor desencadenante, la división de la provincia de

Bengala. Entre 1905 y 1908 hubo atentados con bombas, boicots contra las mercancías inglesas, rechazo de los centros de enseñanza ingleses y formación de grupos terroristas de carácter religioso-político. Sin embargo, los moderados retuvieron el control del Congreso.

En la sociedad india existían fuertes fracturas, y el Congreso, por lo tanto, no representaba las diferentes aspiraciones políticas y culturales. Los obstáculos para una mayor cohesión interna remitían a las profundas tensiones entre hindúes y musulmanes, asociadas a una larga historia de conquistas y sojuzgamiento. Los musulmanes temían quedar sometidos en un futuro estado indio. Cuando en 1906 la metrópoli concedió la inclusión de los hindúes en cargos consultivos en los gobiernos locales, los musulmanes —que conformaban prácticamente la cuarta parte de la población— se organizaron en la Liga Musulmana Panindia, liderada por Mohammed Alí Jinnah, y solicitaron al virrey la reforma del sistema electoral para contar con una representación propia. Los nacionalistas hindúes adjudicaron a los ingleses el afán de dividir para seguir reinando.

La Primera Guerra Mundial puso fin a una época de las relaciones angloindias. El Congreso se radicalizó en un doble sentido. En el plano político avanzó hacia la reivindicación de la independencia, y en el plano social, especialmente a través de la carismática figura de Mohandas K. Gandhi, se convirtió en un movimiento de masas. Con Gandhi, que obtuvo su título de abogado en Inglaterra y ya se había enfrentado al *apartheid* en Sudáfrica, se pasó de la no cooperación, sostenida por algunos grupos profesionales y funcionarios del gobierno, a la desobediencia pacífica del pueblo (la *satyagraha*) frente a la legislación considerada injusta. Su principal colaborador, Jawaharlal Nehru, de una familia de clase alta, que buscó la modernización de la India, fue mucho más occidentalista que Gandhi. Este último deseaba reafirmar los principios distintivos de la cultura hindú, por lo cual recurrió a símbolos tan característicos como la vestimenta autóctona y la rueca, aunque sin proponer la adhesión incondicional a los valores tradicionales.

Las graves tensiones sociales exasperadas por la crisis económica encontraron expresión en la segunda campaña de no cooperación, iniciada en marzo de 1930 con la "marcha de la sal", que desataría una oleada de manifestaciones, huelgas y episodios de violencia en los meses siguientes. Gran Bretaña combinó la represión con la convocatoria a negociar. Los logros de las conferencias y de la campaña de desobediencia civil no alcanzaron a satisfacer las expectativas del movimiento nacionalista.

En las elecciones legislativas de 1937 el Congreso fue el único partido que presentó candidatos en todas las provincias y obtuvo un destacado éxito, mientras que los musulmanes triunfaron en Bengala y en Punjab. La desconfianza entre ambas comunidades y la disposición de la metrópoli a negociar por separado generaron condiciones propicias para la creación de un estado musulmán escindido de la India, cuando se declaró su independencia en la segunda posguerra.

Los musulmanes más radicales se agruparon en la Jamaat-i-Islami (Sociedad Islámica), encabezada por Mawlana Mawdudi. Esta organización enfatizaba la autosuficiencia del islam, rechazaba la occidentalización y denunciaba los males del capitalismo, así como el materialismo y el ateísmo del marxismo. Mawdudi se opuso al nacionalismo de la Liga Musulmana por considerar que la creación de un estado propio era incompatible con el universalismo islámico.

Los musulmanes del ex imperio otomano

Con la desintegración del imperio otomano, todo el territorio que había estado bajo su dominio fue drásticamente reorganizado. Por un lado, se crearon dos nuevos estados: Arabia Saudita y Turquía. Por otro, Oriente Medio quedó repartido entre Francia y Gran Bretaña, las potencias que ya habían impuesto su dominación a fines del siglo XIX sobre los territorios musulmanes del norte de África.

A principios del siglo XX, Ibn Saud, fundador de la actual rama reinante en Arabia Saudita, reinició bajo la bandera del wahabismo la yihad, que habría de cohesionar a sus guerreros y someter al resto de las tribus beduinas. Los predicadores desempeñaron un papel clave en las matanzas de los chiitas de la costa oriental y los habitantes de Hedjaz bajo dominación hachemita. Las campañas de Ibn Saud canalizaron en parte la resistencia de los beduinos a los proyectos de modernización impulsados desde fines del siglo XIX por los jóvenes turcos. La fe wahabita legitimaba el ataque a las modernas urbes otomanas, que eran consideradas centros de corrupción.

En la conquista de La Meca y Medina en 1924-1925, la milicia de Ibn Saud contó con el apoyo inglés, que avalaba la expulsión de la dinastía hachemí que reivindicaba la creación de una única nación árabe desde Siria hasta la península arábiga.

El reino saudita se basó en una alianza no exenta de tensiones entre la dinastía y el clero wahabí. Estos quedaron a cargo de la educación y la preservación del estilo de vida acorde con su rigurosa interpretación de

la Sharia, pero subordinados al poder político de la monarquía. Al mismo tiempo, la legitimidad de las decisiones de los Saud dependía del aval de los ulemas en su condición de doctores de la ley. Las relaciones entre la familia real y los predicadores se caracterizaron por la alternancia entre los momentos en que prevalecía la voluntad del monarca y aquellos otros en que se imponía la voz del clero. El puritanismo wahabí transformó el país en una fortaleza islámica casi sin contacto con el mundo occidental. Los wahabíes rechazan esta denominación, que supone la adoración a un hombre, y utilizan el término salafitas, que indica el esfuerzo por imitar a los "piadosos ancestros", compañeros del Profeta.



Sobre la base de los territorios unificados con las armas, en 1932 Abdul Aziz Ibn Saud proclamó el reino de Arabia Saudita, el primer país árabe realmente independiente.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, los vencedores intentaron reducir a su mínima expresión el territorio turco, pero el jefe militar Mustafa Kemal Pachá, próximo a la plataforma ideológica de los Jóvenes Turcos, desconoció el tratado firmado por el sultán y emprendió la guerra contra los griegos instalados en el país. En octubre de 1923 el ejército turco entró en Estambul y se firmó una nueva paz, que reconocía una Turquía independiente más extensa. La ciudad de Ankara, en el corazón del territorio, fue la capital del nuevo estado.

través de una amplia oleada de huelgas y movilizaciones impulsadas por el partido Neo-Destour a fines de los años treinta.

Los únicos dos países musulmanes que habían quedado al margen del imperio otomano y logrado preservar su frágil independencia frente a las metrópolis europeas, Persia y Afganistán, recorrieron caminos muy diferentes. En el caso del reino persa, el ascenso de la dinastía Pahlevi en los años veinte dio paso a un programa radical favorable a la occidentalización. El principal objetivo del nuevo sah, Reza Khan Pahlevi, fue modernizar el país mediante la centralización del poder, la profesionalización del ejército, la formación de una burocracia eficaz y la denuncia de todos los tratados que reconocían derechos de extraterritorialidad a los extranjeros. Reza Khan puso en marcha un programa similar al que introdujera Atatürk en Turquía: abolió la obligatoriedad del uso del velo para las mujeres, reformó los sistemas de educación y salud, y subordinó el clero al poder del monarca. A finales de los años treinta, Irán —el nuevo nombre de Persia desde 1935— parecía secularizado por completo. Los Pahlevi controlaron el gobierno hasta la revolución chiita liderada por el ayatolá Jomeini en 1979.

El territorio afgano, ocupado por diferentes etnias y con el poder distribuido entre numerosos clanes y tribus, fue relativamente unificado a fines del siglo XIX y reconocido como reino independiente por Gran Bretaña en 1921. Tres monarcas se sucedieron en el trono hasta 1973, año en que un golpe de estado instauró la República.

La República China

La violenta irrupción de las principales potencias en su territorio a lo largo del siglo XIX y la crisis del gobierno imperial trastocaron la fisonomía de la sociedad china. Aun cuando los sectores tradicionales seguían detentando un poder considerable en el aparato estatal y en la sociedad agraria, desde principios del siglo XX los nuevos actores sociales —capitalistas de los puertos abiertos, estudiantes formados en Japón, comunidades de emigrantes dispersas en las islas del Índico y el Pacífico— presionaron para obtener cambios radicales. En 1905 nació la Liga Juramentada, dirigida por Sun Yat-sen, germen del futuro Partido Nacional, el Kuomintang. Sus objetivos eran esencialmente políticos —la expulsión de los manchúes y el establecimiento de la República— y las cuestiones sociales quedaron relegadas por el momento. Sun era un liberal convencido de que la salvación de China dependía de la creación de una democracia de tipo occidental.

Después de una decena de intentos revolucionarios fallidos, el levantamiento de octubre de 1911 logró extenderse rápidamente y en enero de 1912 Sun Yat-sen asumió como presidente provisional de la República. La rápida caída del régimen fue posible porque dos voluntades diferentes coincidieron en oponerse a la monarquía: una fracción de la clase dirigente, que pretendía acrecentar la autonomía de las provincias donde residía su poder, y los hombres nuevos que alentaban la modernización del país. El apoyo de la clase dirigente fue clave, pero su presencia pesó negativamente sobre el curso de la República.

Los revolucionarios eran una pequeña minoría y, en consecuencia, Sun Yat-sen renunció a la presidencia, que quedó en manos de un jefe militar, hasta su muerte en 1916. A partir de ese momento se inició un período signado por la desintegración del poder central y la afirmación de los jefes militares de las distintas regiones, “los señores de la guerra”. En este caos ocurrieron dos hechos que repercutieron entre quienes pretendían un cambio radical para China: la creación del Movimiento del 4 de Mayo por la Ciencia y la Democracia, y la reorganización del Kuomintang.

El 4 de mayo de 1919, la noticia de que en Versalles se había acordado ceder a Japón las ex colonias alemanas en China impulsó a miles de estudiantes a concentrarse en la plaza de Tiananmen en Pekín e iniciar una protesta que se extendió rápidamente a todos los principales centros del país. El Movimiento proponía básicamente soluciones culturales para la crisis de China: el confucianismo, pilar del orden tradicional jerárquico y de los códigos morales estrictos, debía ser sustituido por una “Nueva Cultura”. Para unos, el nuevo comportamiento debía basarse en la ciencia y la democracia occidentales; para otros, había que reformar la cultura china poniendo el acento en la “voluntad del pueblo”.

Después de la “traición” de Occidente en Versalles, creció el interés por el socialismo y la vía rusa, y parte de los intelectuales del Movimiento del 4 de Mayo crearon el Partido Comunista a mediados de 1921. Se conocía poco el marxismo, pero las ideas que circulaban eran atractivas en esos tiempos de crisis: el marxismo no rechazaba la violencia y, a diferencia del nacionalismo europeo, señalaba a las rapaces clases superiores como un obstáculo para la renovación de la nación. Los comunistas chinos recurrieron a Moscú y a la Tercera Internacional en busca de apoyo.